

Correor

No faltan "correores" que quieran llevarse, a como sea, el más rollizo cerdo de la cuadra. Pero ése, precisamente, es el único cerdo que no se vende, que no se quiere vender, por nada del mundo.

—Véndame Vd. la cochina tío Manolo.

—Esa ni hablar; ésa, pa que te enteres, es pa la casa. ¿Pa que crees sino que la hemos estao cebando tan a conciencia...?

Todos han sido cebados "a conciencia"; pero ésa en especial, con un mimo indescriptible, porque el huertano la quiso desde el principio para sí mismo y le dedicó la máxima atención y la echó de comer las patatas más tiernas, el calabacín y la alfalfa más fresca; y, además, los higos, el salvado, la harinilla y el "panizo", mezclados siempre en las proporciones más oportunas para que el animal engorde y se haga lustroso. Y, a fuer de ampliar, habría que decir que los cerdos escogidos para la propia casa, se ceban de forma programada, de suerte que resulte tocinerero o magro, según requiera el gusto de la familia que ha de comerlo.

El "correor" pone, ciñe, aprieta, la cuerda en el vientre del cerdo, hace con ella un nudo la mar de peculiar, un nudo que lo sujeta talmente que un braguero a un quebrado, y, acto seguido, con el cabo de la cuerda arrea al animal hasta el lugar donde pende la romana del travesaño de una escalera de tijera, aquí mentada banco o esperigallo. En llegando allí, el cerdo parece intuir —o sabe de cierto— que van a hacer con él lo mismo que con el compañero suyo que acaba de salir de estampida, con hocico de evidente desagrado, rechinando los dientes y lanzando bufidos de enojo. Pero nada puede contra la férrea voluntad del "correor", Herodes de los marranos, quien con cordelillo muy fino hace una lazada corrediza y de un atinado y medido golpe se lo empotra al hocicudo dejándole fuertemente cerradas, selladas, las mandíbulas, sin resquicio alguno para que pueda lanzar alguna dentellada traicionera.

A partir de entonces, el cerdo, qué remedio, queda prácticamente reducido. No obstante venderá cara su entrega y se harán precisos tres o cuatro forzudos para llevarlo bajo el gancho de la romana a fin de introducirlo por el nudo superior de la cuerda. Una vez logrado esto, los hombres levantan el banco con todas sus fuerzas para que el animal quede colgando, en una especie de anticipo del negro porvenir que le aguarda.

¡Qué mal se resigna el cerdo a ser pesado! Sus pataleos y repullos —porque repullos son— hacen tambalearse el fuerte y tosco banco de madera. Sus gruñidos son casi preagónicos, ruidosos, desesperados, alarmantes. ¿Qué estado de impotencia sufrirá el cerdo en tanto pende de la cuerda de cáñamo? ¿Qué clarividente intuición se apoderará de su carne? ¿Qué funestos presagios creará ver en aquellas caras aparentemente amigas que, de pronto, sin razón aparente, lo cogen, agarran, maniatan, embozan y cuelgan en una postura singularmente molesta a causa de su desproporcionado peso? La fuerza, el genio, la raza que desarrolla el cerdo cuando pende de la cuerda parece impropia de su tamaño. Toda la fortaleza, que es mucha, del animal se concentra en el estómago, su órgano más desarrollado, donde reúne el viento necesario para gruñir, pese a tener la boca tapada, cosa que hace con tanta desesperación, con tanta locura, con tanta resonancia que sus gruñidos pueden oírse a

muchas leguas de donde se produce el pesaje, y no escasean en los alrededores del lugar quienes echan un tanteo y aventuran, siempre atinadamente, que los dichos gruñidos son del cerdo de Manolo el Lechuguero o del marrano del Melgares, en cuyos comentarios nunca falta la inseparable pizquita de doble intención que es de lo que se trata, de provocar la fácilmente provocable sonrisa de los contertulios.

El pesaje de los cerdos en los mataderos se hace de forma metódica y ordenada. Y no se exige del animal más colaboración, ni menos, que quedarse quieto sobre la base de la gran báscula o basculona. He aquí porqué no resuenan demasiado sus gruñidos bajos las bóvedas de uralita de las naves. Sin embargo, el pesaje de los animales en la Huerta es elemental; y al pobre animal se le somete a una humillación y a una prueba que debe de tener por sintomática de que ha engordado demasiado y que, por tanto, ha sonado su hora, la hora de seguir el mismo camino que los hermanos del parto anterior, aquéllos que un día desaparecieron de la cuadra para no volver.

— ¡Qué jodío cochino, es que no se pué estar quieto! Agarra tú de allí, Periquín, que va a tirar el banco.

— ¿No le habrá dao usted a comer salamanquesas, tío Manuel?

¡Y harinilla de panizo, que no es lo mismo! —salta al punto el señor Manuel, quien tiene a gala engordar a sus cerdos con un esmero que es más que conocido.

El "correor" que, previamente ha puesto en el gancho principal la pesa fuerte correspondiente al peso que de simple viso adivina al animal, empuja ahora lentamente el pilón de la romana para que éste marque el peso cabal. Pocas veces se equivoca el "correor" en sus estimaciones. Los muchos años que lleva ya pesando cerdos le dan una fiel experiencia, un ojo práctico, un conocimiento empírico con que determinar sin yerro los quilos de cada pieza. La diferencia en el cálculo será cuestión de tres o cuatro quilos, cinco o diez a lo sumo, pero no más.

—Buena vista, ¿eh, tío Manuel? ¡Qué ya se sabe: donde pongo el ojo...!

—Pos yo que me pensaba que daría más carne.

—Eso son apreciaciones tuyas, ilusiones de dueño, pero lo que da es lo que da.

— ¿A ver?

El huertano nunca se conforma de entrada, nunca da el visto bueno al peso hasta que él mismo lo comprueba. Una y otra vez se acerca y mira y remira con su vista entornada, una vista horra de soportar en las pupilas el solanero. El huertano entorna involuntariamente los ojos y, aunque haya visto el número, no se siente satisfecho hasta que, jugando a ciego, lo palpa con la yema de los dedos con idéntica pericia que a éstos se les atribuye. Entonces, el huertano coge la romana y sin quitar la yema del número se va con ella al sol, cuenta las rayas, suma y da, al fin, el visto bueno al pesaje, indicando seguidamente a su hijo (aspirante a bancario) que tome nota, buena nota del peso.

—Anda, Luisico, tú que sabes más d'ésto, apunta con cuidiao de no equivocarte.

El "correor" (de desconfiado a desconfiado) también toma nota en la libreta de papel cuadriculado que lleva, impenitente, en el bolsillo de la americana; pero antes muerde la punta del lapicero para cerciorarse de que tiene punta y luego anota con unos

guarismos muy grandes; a la izquierda, el número del cerdo pesado; a la derecha, el peso propiamente dicho.

— Así que son. ¿Cuántos quilos has dicho?

En ese preciso instante, el "correor" tira de la punta de la soga con gran fuerza y el nudo se deshace y el animal cae pesadamente sobre sus cuatro patas y lanza un gran gruñido y una mirada de desafío a los presentes antes de recogerse en el apartado de la cuadra donde se hallan los ya pesados.

El huertano, a su vez, entra a la cuadra a sacar otro.

— ¿Este ha comido algo?

— ¡Hombre, Amalio, la duda ofende! ¿Te has llevao alguna vez un cochino de mi casa que estuviera comío o bebío al pesarlo? Aquí están toícos ellos en ayunas, que fue lo acordao y lo que siempre se hizo en mi casa de toa la vida de Dios.

—No, si te lo digo porque le veía una sombrica...

—Ni sombrica ni na, que total quince o veinte puñeteros quilos que puén ganarse dándoles agua a beber poco lejos llevan.

Luego de bien pesados todos los cerdos, cada parte tira la raya bajo la hilera de los kilos. Y aquí comienza la gran tarea, la suprema desazón, la difícil suma de once o doce sumandos: una y tres, cuatro, y cinco, nueve y siete... Las manos comienzan a moverse en torno a las rodillas, el lápiz se aposenta en el lomo de la oreja del "correor" porque éste necesita los dedos para contar cuantas son treinta y siete más nueve antes de proseguir con las próximas filas, que presentan dos nueves seguidos y un ocho. (A veces recurren —juicioso recurso— al cómodo sistema de las sumas parciales, que todas ellas reunidas dan la suma absoluta). Cuando el joven acaba —lo hace mucho más rápido por la experiencia escolar— el padre le pide la libreta y repasa la cuenta que él ya tiene mentalmente hecha y que raras veces yerra. Entonces espera a que el corredor de su suma. Sigue un momento de indecisión, porque ninguno quiere hacerlo antes que el otro. Pero no tarda en hacerse oír el vendedor:

—Así que te da ¿cuánto?

Si la suma del "correor" es mayor, el huertano se calla o vuelve a repasar la suya a ver si se ha equivocado; pero si aquélla es menor automáticamente dice que no puede ser, que debe de haber algún error porque la suma de su hijo coincide con la suya, por tanto la falta no puede ser sino de quien ha sumado solo.

Cuando al cabo de un rato de rumar cifras concuerdan, al fin, los kilos, llega el momento de proceder a la multiplicación de estos por la cantidad de reales ajustada, operación que puede llevar un buen rato, porque el huertano multiplica bastante peor y más lentamente que suma y aún no pasa la Huerta por la costumbre de calcular con maquinitas electrónicas de bolsillo, de esas que han inventado —o plagiado— los japoneses para alivio de gente apesurada.

—Estate trabajando to un santo año pa dieciocho mil duros de na.

—Pos no es precisamente la cantidad una paja.

—Quítale la factura del pienso y la del molinero y calcula.

—Bueno, no llore más, tío Manolo, y tome usted los billetes, mire qué gusto da verlos uno encima del otro.

Los presentes se arremolinan en torno al "correor" y al tío Manuel. El primero va sacando uno a uno los billetes de la cartera que lleva siempre en el bolsillo de la penca derecha y comienza a cantarlos en voz alta al tiempo de ir depositándolos sobre la mano del tío Manuel.

—Cinco, seis, siete...

El tío Manuel sigue atentamente la cuenta, contando él, a su vez, en voz baja, pero haciendo que el trajín interno de las sumas asome a los labios.

Y cinco que le dí de señal, hacen los dieciocho mil duros, conque en paz y tirando.

—Hasta otra.

Antes de meterlos a la casa a esconderlos bien, donde nadie pueda verlos, la mujer del tío Manuel los recuenta, también ella, pasando una a una las puntas tras mojarse bien el dedo. Al día siguiente irán ella y su hijo Luisico a meterlas en la cartilla para evitar robos; pero antes, como es de ley hacer, pasarán a pagar la cuenta del pienso al molinero.

—¿De verdad que no me vende usted la cochina, tío Manolo?

—Ni pagá en oro, que ésa me la como yo.

—Ya se arrancarí usted ya, si viera una talega de peluconas.

— No digo yo que por peluconas no; pero mientras sean duros corrientes y molientes el menda no pasa...

Pues le advierto que podría comprar con ellos embutidos en vez de meterse en el lío de una matanza; y lo tendría usted fresco y dispuesto cuando lo quisiera.

—A lo mejor es como tú dices, pero me malicio que entonces no sería mi embutido.

La determinación, el énfasis, con que el tío Manuel pronuncia el posesivo "mi" es inatacable. Por ello sabe el corredor que no tiene sentido insistir, pues el tío Manuel no parece dispuesto a aceptar embutido de cerdos que quién sabe lo que habrán comido. El tío Manuel quiere que el matarife ponga a las morcillas, a la longaniza y a la salchicha los arreglos que él determine y con la sal y la pimienta que más convenga a la salud de los miembros de la familia, que, a veces, tienen prohibido el picante y otras, no aceptan comer los embutidos si no lo llevan en abundancia.

—Además, eso ya estaba hablao y requetehablao.

Bien es cierto lo que asevera el tío Manuel, porque desde que el "correor" comenzó a dejarse caer por su casa para ver la "tanda" de los animales hasta que, poco a poco, fue inquiriendo acerca de su posible venta, y el tío Manuel le fue diciendo que "depende", y el "correor" nuevamente que a qué llamaba él depende, y el tío Manuel

que a un precio razonable, y el "correor" que a tanto y el tío Manuel que no, hasta que ambas manos se juntaron y cinco billetes de mil pesetas sellaron el pacto, han transcurrido dos o tres semanas.

—Hecho.

—Está ajustao por ciento y un año.

—Y ahora que está hecha la operación ¿Me pués decir pa quién son mis cochinos, si no es secreto?

—No, hombre, no, qué va a serlo, son pa Barcelona, pa una fábrica de embutidos, y el pago está más que seguro que es cosa de un buen tratante... El tío Jeromo del Rincón. Bueno, su hijo, que él ya no sale por la reuma.

—Entonces vale, si es así me quedo más tranquilo.

—No hay pega, hombre.

No suele haberla, el tío Manuel lo sabe, pero quiere aquilatar al máximo, que de más de uno sabe él que ha tenido tropiezos por exceso de confianza.

Los cerdos ya están en la furgoneta que los ha de llevar a los almacenes del tratante, donde serán agrupados en camiones o vagones y enviados a las fábricas catalanas para su sacrificio en grandes mataderos.

—¡Chacha, sal a darles el último vistazo a los cochinos que se los llevan ya pa las Barcelonas! —grita el tío Manuel a su mujer.

Esta pone las manos en jarra, los mira casi con una lágrima en los ojos.

Da pena verlos ir así d'apretujaos, es que son como de la familia.

—Mejorando lo presente —puntualiza el tío Manuel—, que en nuestra familia hay cerdos y cerdos.

El tío Manuel agarra la bicicleta, monta en ella y se va pedaleando tras la furgoneta. En parte para seguir viendo, mientras pueda, a sus cerdos, que fueron paridos y criados en su cuadra y les tiene tomado cariño; en parte, para comprar unos pasteles con los que echar el alboroque con sus parientes, íntimos y próximos.